

tenemos deberes que no podemos olvidar sin arrostrar el oprobio. Una cita de esta especie es sagrada; he insultado á mi adversario, y le debo dar una satisfacción, aunque el habérsela de dar me costará llevar mi cabeza á un cadalso.

DUQ. (*Levantándose.*) No huiréis de vuestro adversario, huiréis del anatema de Buckingham. ¡Dios mío! en los sucesos ordinarios de la vida nunca os obligaría yo á eludir un combate que el honor exige; gemiría en silencio: ¿pero ahora? ahora es el cadalso, el cadalso, ¿me entendéis? Decidme cómo queréis que os hable. Decidme qué palabras podrán conmovier vuestro corazón; decidme qué objetos os son más caros. ¿Mi amor? ¡Ah! no: no puede nada con vos; no es eso... ¿Vuestra madre? Sí; vuestra madre, á quien tanto amáis, que oirá su nombre mancillado, que morirá de dolor... ¿No? ¿Tampoco basta? ¡Ah! ya no sé qué decir yo; no lo sé, ni sé qué ruegos emplear; mi alma se cansa, y no me quedan fuerzas sino para llorar y para echarme á vuestros pies.

SID. Dejadme, por Dios, dejadme.

DUQ. No lo esperéis, Enrique. No, conde, no.

SID. ¡Ah! ¿vos no querriais deshonrarme?...

DUQ. (*Levantándose.*) ¿Y si me deshonrase yo contigo?...

SID. ¡Isabel!

DUQ. ¿Y si participase yo contigo de tu oprobio? ¿si partiese yo también?

SID. Calla, Isabel; ¡calla por piedad!

DUQ. Partamos, sí; partamos al instante. Ya nada me detiene. Dentro de algunas horas estaremos lejos de Inglaterra, lejos de Buckingham, y lejos en fin de todos. Estare-

mos solos en el mundo nosotros dos. ¿Comprendes bien toda nuestra felicidad? ¡Oh, una vida entera llena toda de amor y de ventura, el paraíso en la tierra! Partamos.

SID. ¡Desdichado! soy perdido si te escucho.

DUQ. No puedes negármelo, no; no puedes negármelo, ¿lo ves? ¿Y qué es tu sacrificio comparado con el mío? Yo no tendré disculpa; yo abandono á un esposo que me ama, yo atropello todos mis deberes... (*Sidney la estrecha contra su corazón.*) ¡Oh! sí, Enrique, sí; rodéame con tus brazos, ocúltame á las miradas de todos, porque estoy envilecida, porque estoy infamada.

SID. No hables así, Isabel, tú que todo me lo sacrificas, tú que eres mía de aquí en adelante.

DUQ. Sí, tuya, toda tuya, enteramente tuya.

SID. ¿Y qué nos importa el mundo ahora? Ya es mía para toda la vida.

(*La estrecha á su pecho y la llena de besos las manos y la frente. Se oye ruido. Dan golpes á la puerta.*)

DUQ. (*Con el mayor espanto.*) ¡Ah! son los soldados de Buckingham que vienen á prenderte.

SID. No me prenderán vivo.

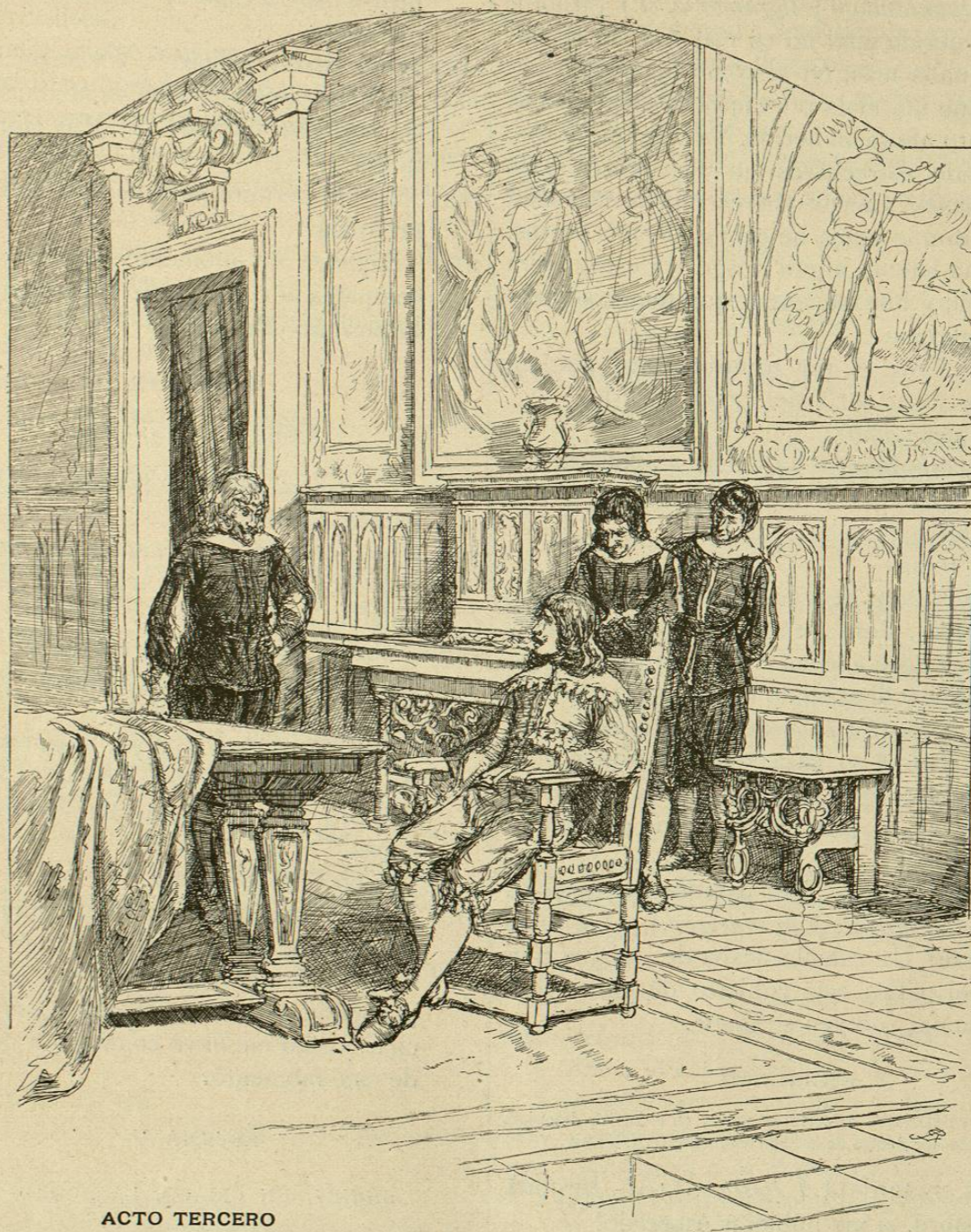
CHES. (*De afuera.*) ¡Sidney! ¡Sidney! abre.

SID. Es la voz de Chester.

CHES. (*Sacudiendo la puerta violentamente.*) Abre, ¡por San Jorge! (*La puerta cede y entra. La duquesa se cubre el rostro con entrambas manos.*) ¿Has perdido el juicio? Besford acaba de partir para batirse en tu lugar.

SID. ¡Maldición sobre mí! (*Se arroja sobre sus armas.*) ¡Y yo entretanto le deshonraba!

(*Arrastra consigo á Chester; la duquesa cae desmayada en un sitial.*)



ACTO TERCERO

Salón del piso bajo de la casa de Besford. A la derecha y en primer término una puerta, y en segundo término un reloj. Otra puerta á la izquierda que conduce á las habitaciones de la duquesa; otra en el foro, al lado de unas grandes vidrieras que dan al patio de la casa. A la izquierda una mesa entre dos grandes sillones.

dicha vuestra herida no ha sido de peligro.
BESF. (*A los criados.*) Gracias, amigos míos, gracias; ya no os necesito: ídos.

ESCENA PRIMERA

BURKER, en pie detrás de la mesa; BESFORD, sentado en un sillón; dos criados detrás de él; LA DUQUESA, sentada en el fondo al otro lado del teatro.

BESF. (*Con el brazo vendado, á Burker.*) Me ha faltado un pie, me he resbalado, y Overbury ha vencido; (*A media voz.*) pero decidle que nos volveremos á ver.

BUR. (*Dejando dos pistolas sobre la mesa.*) Corro á decirle inmediatamente que por

ESCENA II

BESFORD, LA DUQUESA

BESF. (*A la duquesa, que ha permanecido inmóvil con la cabeza sostenida en las manos.*) ¡Isabel! perdonadme que os haya hecho un misterio de todo esto. Jamás hubierais sabido una palabra á no ser por esta maldita herida. ¿Aun estáis enojada conmigo? Ya veo que será preciso pedir os seriamente mi perdón.

DUQ. (*Levantándose y llegando á él.*) ¡Milord!
 BESF. ¡Querida mía! no es más que un arañazo, nada más. Ni sé cómo he podido ponerme tan malo por tan poca cosa; apenas siento ahora mi herida. Ya veis que no me impide estrecharos en mis brazos. ¿Os apartáis? Cierto que es mucha crueldad ahora que ya os he confesado mis yerros. Si ha habido algún riesgo, ya estoy fuera de él, y hoy no tengo que temer sentencia alguna.

DUQ. ¡Ah! no; el rey firmó vuestro perdón. Hoy ya no sería tiempo de pedirle.

BESF. ¿Pues cómo?

DUQ. Buckingham se ha vuelto á apoderar del poder.

BESF. ¿Quién os lo ha dicho?

DUQ. La reina.

BESF. ¡Otra vez desvanecidas nuestras esperanzas!... Pero... entonces el pobre Sidney es perdido; apenas tiene tiempo para escaparse y librarse de las pesquisas de Buckingham. (*Se levanta.*) Es preciso enviar un criado á su casa; que lo busquen donde quiera que esté: si llega á poner los pies en su casa de Windsor es hombre muerto.

VOCES EN EL PATIO. ¡Eh! paradle... deteneos...

BESF. (*Acercándose á la vidriera.*) ¿Qué ruido es ese? Un caballo acaba de dejarse caer en el patio; está cubierto de polvo y de espuma... no veo su jinete.

ESCENA III

BESFORD; SIDNEY, cubierto de polvo, en el mayor desorden, arrojándose dentro de la habitación; LA DUQUESA

SID. ¡Ya era tarde! (*A Besford.*) ¡Ah, Besford, Besford, si me hubieras esperado!

BESF. (*Alargándole la mano.*) ¿Qué queréis? para hacer tiempo... (*A Sidney, que repara en su brazo.*) No es nada.

SID. Overbury ha pagado cara esa herida.

BESF. ¿Le habéis muerto?

SID. No, pero tendrá que hacer cama algunos meses.

BESF. ¡Ah, pobre togado! mucho lo siento: le estimo, le quiero. Mas pensemos en vos. ¡Cuán dichoso soy volviéndoos á ver, amigo mío! Temía que hubieseis vuelto á vuestra casa; ignoráis sin duda cuanto pasa.

SID. No, acabo de saberlo en este momento.

BESF. ¿Y qué? Ya no estáis seguro en Inglaterra; vais á partir. Os salvaremos, á lo

menos así lo espero: esperadme algunos minutos.

SID. ¿Qué hacéis, milord? ¿Y vuestra herida?

BESF. ¡Eh! bagatela. En este momento no pienso más que en vos. Os dejo con la duquesa.

DUQ. Milord, permitidme que me retire: ¡estoy tan mala!

BESF. Esperad un momento siquiera; haced compañía al conde, os lo ruego: un instante no más. ¡Por mí!

ESCENA IV

SIDNEY, LA DUQUESA

DUQ. (*Después de un largo silencio.*) ¡Qué tormento, Dios mío!

SID. (*Sin mirar á la duquesa y con la mayor reserva.*) ¡Cuánto he temblado por vos, miladi! ¿Pudisteis salir sin ser vista?

DUQ. (*Del mismo modo.*) Sí, conde, sí.

SID. (*Después de otra pausa.*) ¡Cuánto he sufrido en estas dos horas!

DUQ. (*Casi fuera de sí.*) ¡Y yo, Dios mío, y yo!

SID. Si hubiera sido más peligrosa la herida de Besford, no me hubierais vuelto á ver jamás.

DUQ. Lo creo, señor conde.

SID. Perdonadme si he venido hasta aquí para informarme de la verdad. Ahora que ya no corre riesgo alguno, que yo no tiemblo por nadie, me alejo sin quejarme, sin vacilar, y sólo me llevo conmigo la memoria de este momento.

ESCENA V

SIDNEY, UN CRIADO, LA DUQUESA

CRIADO. Un hombre que no quiere decir quién es desea hablar á mi señora la duquesa.

DUQ. (*Con viveza.*) Que entre.

SID. Me retiro. Adiós, miladi.

ESCENA VI

SIDNEY, WILLIAMS, LA DUQUESA

SID. Williams, ¿eres tú?

WIL. ¿Vos aquí, señor conde? A lo menos podéis salvaros todavía. ¿Lo sabíais, pues, todo?

SID. Sí; pero á mí es á quien debes entregar ya el depósito que te he confiado. Perdonad, miladi; es una carta inútil ya en este momento. Dámela.

WIL. No está ya en mi poder, señor conde.

SID. ¿Qué dices?

WIL. Precisamente os suponía yo informado de esto. Una hora hace que una compañía de arcabuceros ha invadido vuestra casa. Os han buscado por todas partes. Han cogido todos vuestros papeles, todos; ahora paran en manos del lord canciller. Ni uno solo he podido salvar. Sólo venía aquí á saber vuestro paradero.

SID. ¡Todo se concluyó! En vano he pugnado por eludir mi destino.

WIL. Pero, señor conde...

SID. Déjame, sal; marcha te digo.

ESCENA VII

SIDNEY, LA DUQUESA. (El reloj marca las siete.)

DUQ. Conde, ¿qué carta es esa de que habláis?

SID. (*Desesperado.*) ¿Esa carta? La escribí esta mañana antes de ir á ese desafío; era para vos.

DUQ. ¿Para mí? ¿Y qué decía? ¡Dios mío!

SID. Hablaba de mi amor, del vuestro; contenía confesiones que pueden perderos.

DUQ. ¿Qué decís?

SID. Todo está en poder del canciller, y dentro de poco estará en poder de tu marido.

DUQ. ¡Ah! me matará, sí; yo tiemblo, tiemblo...

SID. Silencio, ó eres perdida. Escucha, sólo un partido te queda: huir.

DUQ. Sí. ¿Cómo?

SID. Juntos.

DUQ. Jamás, milord.

SID. Prepárate, pues, á morir aquí; pero conmigo.

DUQ. ¡Ah! me estremecéis.

SID. ¿Imaginas que yo consentiré en salvar mi vida mientras que esté la tuya en peligro? ¿Prefieres la muerte?... Bien, con un solo golpe nos herirá á los tres.

DUQ. ¡Ah, Sidney, me habéis perdido!

SID. ¡Isabel! no gritos, no quejas hemos menester ahora. Oyeme. Yo voy á salir de aquí. Te esperaré en la puerta inmediata de la ciudad; una hora te basta para alcanzarme; no te faltará un pretexto. No es ya mi amor quien te habla, ni exijo por él tu fuga. No; tu tío el marqués de Hamilton es gobernador de Portsmouth; te dejaré en sus brazos; él te protegerá, y yo, yo respetaré tu dolor, yo te daré el último adiós.

DUQ. Sí, yo imploraré su amparo, pero sola.

SID. ¿Te atreverás? ¿Será tiempo ya? No; yo soy quien debe llevarte.

DUQ. ¿Vos, Sidney? ¡Ah! ¿no soy yo ya bastante culpable?

(Se oyen los pasos de Besford.)

SID. Una palabra más y somos perdidos.

ESCENA VIII

LA DUQUESA, SIDNEY, BESFORD, y después UN CRIADO

BESF. Venid, amigo mío; todo está pronto. (*Señalando la puerta de la derecha.*) Este gabinete conduce por una escalera secreta al jardín de la casa, que está inmediato á la puerta de la ciudad. Un caballo os espera: dentro de algunos minutos estáis fuera de Londres.

SID. Permitidme que os tribute un millón de gracias, milord.

BESF. El canciller espera sin duda sorprenderos en Windsor, ó en vuestra casa: mientras que sus esbirros os buscan por acá, estáis ya fuera de peligro.

UN CRIADO. (*Desde el foro.*) La reina envía á llamar á mi señora la duquesa.

BESF. Está bien. (*El criado sale.*) Estará acaso con cuidado por cuanto pasa: teme que os prendan. Partid, los momentos son preciosos.

(Va á abrir la puerta del gabinete.)

SID. (*Al oído á la duquesa.*) Tomad ese pretexto. Alcanzadme en la puerta. Sino, vengo á buscaros dentro de una hora.

BESF. Vamos, amigo mío.

SID. (*Saludando á la duquesa.*) Adiós, miladi. (*Bajo.*) Dentro de una hora, ó vuelvo aquí á entregarme.

BESF. Venid. (*Sale acompañando á Sidney.*)

ESCENA IX

LA DUQUESA

Por fin ya estoy sola. Puedo llorar libremente. ¡Tan feliz ayer! ¡Y hoy envilecida! ¿Cómo me atreveré á levantar los ojos delante de un hombre á quien se lo debo todo, á quien he engañado, y que dentro de poco me pedirá cuentas acaso de su honor que me había confiado? Parece á cada punto que oigo salir de sus labios esta terrible palabra: «¡Infame! ¡Infame!» Este nombre me persigue: aquí está... resonan-